

TRIBUNA

Barajar de nuevo en el Mercosur

Para que pueda desarrollarse en la región un comercio más ventajoso, los países deben ser, crecientemente y en forma balanceada, compradores y vendedores de manufacturas industriales.

Marta Bekerman*

No puede negarse que, a esta altura, el Mercosur está lejos de provocar el entusiasmo de otros momentos. Esto coincide con cambios profundos en nuestras relaciones comerciales con Brasil.

La "etapa dorada" del Mercosur, que tuvo lugar entre 1991 y 1998, mostró un crecimiento del comercio intrarregional muy superior al registrado con el resto del mundo. Durante esos años, y hasta el 2002, nuestro balance comercial de bienes con Brasil fue positivo (mientras era negativo con el resto del mundo), lo que ayuda a explicar por qué el sector externo de la convertibilidad no entró en crisis mucho antes.

Pero esto cambió durante los últimos años. A partir del 2003 el saldo comercial comienza a hacerse crecientemente negativo para la Argentina (alcanza un rojo de casi 4.000 millones de dólares en 2005). En lo que parece un ejemplo de funcionamiento contracíclico, cuando teníamos déficit con el mundo, con Brasil teníamos superávit; y ahora, cuando tenemos superávit con el mundo, con Brasil tenemos déficit.

¿Cuáles son las razones de estas transformaciones? ¿Es posible revertir ese saldo comercial negativo que puede llevar a algunos a pensar que podríamos arreglarnos mejor sin el Mercosur?

En primer lugar, hay razones de orden macroeconómico que incluyen al tipo de cambio y al nivel de actividad de cada uno de los dos países. Argentina está creciendo más rápido que Brasil.

Esto puede explicar que sus importaciones aumenten más rápido que sus exportaciones hacia ese país. Por otro lado, la devaluación contra el real es mucho menor que la que sufrimos contra otras monedas como el dólar y el euro, lo que hace que los productos comprados en Brasil resulten comparativamente más baratos. Esto puede haber generado una sustitución en el origen de ciertas importaciones que antes venían del resto del mundo y que fueron reemplazadas por las provenientes de Brasil.

La segunda esfera es la microeconómica. Al observar en detalle la composición del comercio, se observan cambios muy significativos vinculados a las transformaciones

sufridas por las estructuras productivas de ambos países.

Durante los años 90 teníamos con Brasil un fuerte superávit comercial en productos primarios y combustibles. También era positivo, aunque mucho menor, nuestro saldo en las manufacturas de origen agropecuario. En cambio nuestro balance era negativo en las manufacturas industriales (como por ejemplo maquinarias y material de transporte), pero menor al saldo positivo que registraban los sectores donde teníamos ventajas comparativas.

Parecía consolidarse, entonces, un tipo de especialización en donde la Argentina presentaba balances positivos en bienes primarios y manufacturas de ese origen y negativo en manufacturas de origen industrial.

Pero durante los últimos años se fue reduciendo nuestro superávit comercial en productos primarios y sus manufacturas, porque Brasil llevó adelante un proceso de sustitución de importaciones en este tipo de bienes (como cereales y lácteos). Al mismo tiempo, como producto de las diferentes políticas industriales seguidas por ambos países durante la última década, creció nuestro déficit en bienes de capital y automóviles.

Es decir que la situación macroeconómica y las trayectorias estratégicas diferentes seguidas por ambos países determinaron que ya no podamos dar por supuesto el rol de Argentina como proveedor excedentario de bienes primarios que superen o compensen los saldos negativos de las manufacturas industriales.

Ante esta situación las alternativas que se presentan hoy son dos. La primera es que sostengamos un balance negativo y creciente con Brasil. Esto va a generar, más tarde o más temprano, fuertes limitaciones sobre la marcha del proceso de integración. Es que para que podamos retornar a una nueva "etapa dorada" del Mercosur se requiere alcanzar una situación que sea ventajosa para todos sus países miembros.

Esto nos lleva a la segunda alternativa de la que, en mi criterio, depende hoy el futuro del Mercosur. Se trata de barajar de nuevo para que pueda desarrollarse en la región un comercio de tipo intraindustrial. Esto significa que los países que la integran puedan ser, crecientemente y en forma balanceada, compradores y vendedores de manufacturas industriales. ¿Suena esto imposible para la Argentina?

Por el contrario, nuestro país está demostrando una capacidad de recuperación y de expansión productiva y exportadora que le abre fuertes posibilidades de llevar adelante con éxito un desafío de este tipo. Por supuesto que dependerá de muchos factores vinculados, sobre todo, con las estrategias productivas locales y con la forma de gestión que adopte en el futuro el proceso de integración.

Vale la pena intentarlo. El creciente proteccionismo, que nos muestra el escenario internacional, nos plantea la importancia de consolidar la unidad de la región para poder aumentar su capacidad de negociación frente a terceros países.

*Directora del Centro de Estudios de la Estructura Económica (Cenes), Facultad de Ciencias Económicas, UBA